

La Sociedad opulenta y la historia

por José Luis Gómez Urdáñez

La experiencia acaba con la inocencia de las ilusiones

J. Conrad

El llamado fin de las ideologías es la explicación más aceptada por el gremio de historiadores a la hora de juzgar la ruptura metodológica que se está produciendo en la historia. Pero yo no lo creo. De entrada, porque las ideologías no han llegado al fin ni pasaron por el crepúsculo. La ideología es en la historia lo que la energía en la física: no tiene principio ni fin. El reposo de la materia, si es que ese estado existe realmente, no es para un físico la ausencia de energía, de la misma manera que la aparente ausencia de ideología en un proceso histórico no debe ser para el historiador indicativo de su desaparición. Ocurre que nos hemos acostumbrado a llamar ideología a las grandes construcciones que además se muestran abiertamente. De nuevo con el ejemplo de la física, es como si sólo se hablara de energía al comprobar el esplendor de las explosiones cósmicas o la presencia de la gravitación universal y se dudara de su existencia al ver la sencilla polea manejada por un albañil.

En el taller de historia ocurre hoy algo parecido. Tras el rotundo triunfo de la filosofía pragmática de la *sociedad opulenta* occidental (Galbraith la anunciaba ya en 1958), la clase triunfadora exhibe el rechazo de la ideología, tanto de la que ha producido el proceso histórico que ella sigue conduciendo como de la que sustentaban sus enemigos, los definitivamente periclitados. La sociedad opulenta sólo puede pronunciarse desideologizada y antihistórica, pues ha abandonado la idea de cambio, hoy sustituida por la de permanencia, y la meta de la transformación social, arrinconada en la actualidad por la idea de “salud individual” y progreso tecnológico (bienestar más seguridad), es decir, toda una ideología, neta y clara.

Su praxis política ha superado las formas de organización formalizadas –cada vez interesa menos la política– para andar de nuevo el camino natural del viejo liberalismo, mientras su legitimación proviene de la universalización de la democracia, precisamente la tesis que sostuvo F. Fukuyama: un largo proyecto humano y social ha concluido con el triunfo de la democracia dentro del marco liberal, último sistema válido, el más perfeccionado, y el que habría arrinconado para siempre todos los proyectos distintos, igual que la vacuna terminó con la viruela para beneficio universal de la humanidad. Así, si el historiador quiere ser socialmente útil, habría de ser como mucho el notario de ese camino con final feliz asegurado. No deberá aspirar a ser un investigador social explorador de todas las encrucijadas, sino un avispa escrutador del pasado que encuentra el camino que conduce al éxito final.

Algunos habíamos llegado ya al ajuste de cuentas con la económico-social y el materialismo histórico antes de las profecías de Fukuyama y de la llegada a España de la nueva historia rupturista, pero en ningún caso lo hacíamos para suplantar un

subjetivismo teleológico por otro. Podríamos admitir como hipótesis incluso que la historia como parte de un proyecto social, tal y como la entendió Fukuyama, haya llegado a su fin, pero no aceptamos que haya desaparecido la tragedia que lo inspiraba (Véase J. M. Domenach, *Le retour du tragique*, un libro de 1967), que sigue siendo el objeto de la historia social por más que se oculte. De nuevo con la física: el efecto se aleja del observador hasta un punto en que resulta difícil unirlo a la causa: es el mayor logro de las clases dirigentes de la sociedad opulenta. Exportan la pobreza y esconden la marginación social: ya no hay, pues, focos donde fermentan las ideologías. La minoría intelectual está entretenida con las nuevas tecnologías y la aristocracia política, incluida la izquierda, dispuesta a todo con tal de robustecer la democracia y favorecer el mercado. Al historiador sólo se le pide complicidad.

Pero eso no es ni el fin de las ideologías ni el fin de la historia, sino el declinar de una larga ilusión que empezó en la Ilustración del siglo XVIII. Hasta ahora, la tragedia que daba origen al proyecto –y, por ello, a la historia– la protagonizaban colectivos históricos abocados a sufrir pero susceptibles de redención. La historia social debía buscar las claves del origen para poder aplicar los remedios: remover los obstáculos llamaron a esta idea los ilustrados. A la historia llegaban el hambre, la muerte, el desamparo, pero eran datos en manos del investigador social para recomponer la tragedia sufrida colectivamente y poder actuar contra ella en el futuro. Comprenderla significaba ampliar la capacidad humana para vencerla –la gran ilusión de la Ilustración–, por lo que la historia era parte insustituible del proyecto social. La propia moral cristiana, por su contenido teleológico, mantenía esta tesis, coincidiendo a menudo con formulaciones de tipo marxista.

Pero en la actualidad, la ilusión ha terminado. Los nuevos planteamientos sociales no pretenden un pasado a redimir –la historia hace mucho que no se ocupa de los pobres–, sino una vida a vivir medida por la eficacia en el trabajo y su compensación en el disfrute: vidas socialmente útiles y, por ello, necesarias. Se ha redescubierto la historia no sometida a regularidad (triumfa Popper), ni involucrada en un discurso universal de progreso. Las vidas vividas de los precursores de la sociedad opulenta se plantean en algunas biografías con la misma carga de necesidad que tuvieron algunos conceptos sociales de las grandes construcciones historiográficas. Definitivamente, en la dialéctica hombres libres-hombres condicionados se acaba admitiendo que el condicionante es el futuro, el punto de llegada, la justificación teórica de muchas historias, sobre todo de las que se tributan a la mayor gloria de la “construcción” regional en España. En definitiva, una forma más de subjetivismo teleológico que el historiador, perdido en la aldea global promisoría de futuros abstractos, asume incoscientemente. No se da cuenta de que su papel se empieza a parecer al del notario de un concurso televisivo.

Antihistórica y desideologizada, la sociedad opulenta invita al historiador, el notario de la tragedia humana, a sumarse a su carro victorioso y atemporal. Respondámosle con P. Vilar: quizás hayamos perdido las ilusiones, pero es imposible que nos quiten las esperanzas.